

## La Distancia De La Filosofía En La Enseñanza Y El Aprendizaje. Una Cuestión De Estilo

Jonathan Camps<sup>1</sup>

Perdón por querer generalizar. En contextos en que el tiempo apremia, una salida es la generalización, el rodeo esquemático y los envíos a toda velocidad. Acuso recibo de esta forma de una cuestión que atravesaría a la filosofía en su ejercicio universitario en un contexto de neoliberalización cada vez más avanzado: la cuestión de la velocidad y de la competencia. Velocidad para la publicación. Competencia por llegar primero. Quizás llegando último, faltando a la ley de la academia, falta de un mal estudiante por no guiarse en el estilo que un coloquio *en* la academia debería comportar, sea posible *resistir*.

1. ¿Necesita defensa la filosofía? ¿Habría necesitado alguna vez defenderse? ¿en contra de quién? ¿quién o qué puede ser llamado enemigo de la filosofía? Si es cierto que hay presupuestos filosóficos de aquello que llamamos neoliberalismo, entonces la filosofía tendría que defenderse, si no de una filosofía explicitada en un corpus doctrinario, sí quizás de aquellos presupuestos, de aquel discurso, ya sea teórico o práctico que está implícito allí donde habita el neoliberalismo. La filosofía contra la filosofía. ¿Cual filosofía? Tecnificación de la filosofía en la universidad, que desde un principio habría hecho de la filosofía un quehacer academicista dedicado al comentario de textos de la historia de la filosofía, por lo menos en la breve historia que esta última tiene en su filiación institucional en nuestras aulas chilenas.

2. Para nosotros que habremos estudiado no solo filosofía sino también, y quizás antes que eso, pedagogía, resulta siempre pertinente preguntar por el lugar. El lugar en que se encuentra quien estudia y quien enseña, que a veces incluso llega a confundirse haciendo que quien enseña sea quien aprenda y que quien aprende sea quien enseña. El lugar en que se encuentra entonces, quien aprende-enseña, ahora sin distinción, filosofía.

Decimos que estudiamos pedagogía *en* filosofía. Subrayo el “en”. Como si al estudiar pedagogía lo hiciéramos al interior de un dominio espacial. El dominio de la filosofía. Pero también quienes estudian historia o letras, física, química o matemáticas se encuentran con una construcción análoga. Pues bien, ocurre que para ellos no pasa algo así como con quienes nos hemos visto de repente situados en esa

---

<sup>1</sup> Estudiante de Pedagogía en Filosofía de la Universidad de Playa Ancha.

dimensión filosófica. Ellos no tienen muchas veces la necesidad de problematizar acerca de la cuestión de la enseñanza de su disciplina, de los límites que hay entre la enseñanza de unos determinados contenidos conceptuales y la disciplina misma. Para los matemáticos su objeto de estudio no está en constante disputa como sí ocurriría con la filosofía, asediada por todos los flancos y por ella misma, como destinada siempre a tener que defenderse y a tener que dar cuenta, a empezar de nuevo siempre. Por otra parte, tanto el profesor de matemáticas como el profesor de química o incluso el de historia, asumen sin más que son profesores de, y no químicos, físicos o historiadores, siempre que no ocurra que además de su desempeño docente trabajen en cuestiones propiamente dedicadas a su especialidad.

Quisiera reparar, entonces, en la siguiente cuestión de la adjetivación y de cómo esa adjetivación tiene relación con el lugar de la filosofía –si es que esta ha de tener un lugar propiamente tal.

Ocurre que en la historia de la filosofía en Chile, así como en Latinoamérica, se ha dado como problema, el si ha habido, si hay efectivamente, filosofía aquí. A este respecto, Joaquín Barceló parecía muy seguro, sostenía que al no tener tradición, los latinoamericanos quedábamos como excluidos de la filosofía, ella se convertía en una alteridad para nosotros. Además, Barceló sostenía que la filosofía podía no ser importante en todas las sociedades. Hebreos tuvieron religión, romanos el derecho y una filosofía de segunda clase. Como ‘tarea de consuelo’ (Giannini) estarían la poesía, la novelística y la historiografía. La conclusión nos la adelanta Cecilia Sánchez: “según lo recomendado por Barceló, habría que ‘renunciar’ a la filosofía, en tanto esta es solo el producto de sociedades greco-europeas, aunque “ello no obsta, – agrega Barceló– para(que) la formación filosófica en su sentido tradicional y académico retenga un papel importante para nosotros”.<sup>2</sup> Y más adelante continúa Sánchez, “La virtud de sus aseveraciones reside justamente en haber hecho ‘expresa’ la secreta posición de nuestra comunidad filosófica, por lo demás desde ya implícita en todos los programas de estudio. Tal posición, ha sido la de ‘renunciar’ a la filosofía mas no a su ‘enseñanza’”.<sup>3</sup>

Esta renuncia a la filosofía se vería en el hecho de que en Chile no habría filósofos, sino, solo profesores de filosofía. Es decir, un ejercicio académico dedicado al comentario, a la historia de la filosofía en una determinada forma de enseñanza.

En “Cuestiones de Estilo”, Patricio Marchant disputa con Torreti el que haya dedicado su obra a la historia de la filosofía, particularmente a un libro de Kant. Podríamos leer esta discusión como otra modulación en Chile de la clásica cuestión sobre la posibilidad o la existencia de un pensamiento situado o

---

2 Cecilia Sánchez, *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*, Santiago de Chile: CERC-CESOC, 1992, p. 148.

3 *Ibid.* p. 148

un pensamiento con nacionalidad. No es de mi interés referirme aquí a esas cuestiones. Expongo en cambio, la siguiente cita que se lee junto a la negativa de la filosofía en Chile dada por Barceló. Escribe Marchant:

“Importa reparar en la situación siguiente: en Chile, un muchacho de veinte años, incluso de menos años, puede afirmar, como su destino, un destino de poeta, afirmación que es a priori aceptable, válida, cúmplase o no después, y en qué grado, su autoafirmación. En cambio, si alguien afirma que será filósofo, inmediatamente, conversión, traducción de su afirmación: “profesor de filosofía, solo eso, su deseo”. Porque la poesía chilena existe en la seriedad de su exigencia, por eso, la seriedad de su posibilidad. Nada de eso sucede, como es sabido, en filosofía”.<sup>4</sup>

Como vemos, Marchant parecía estar al tanto del discurso que alguien como Barceló sostenía. Parecía ser ese el tono imperante cuando escribe estas palabras. Ahora bien, ¿es que no hay seriedad en la filosofía en Chile? ¿cual es la seriedad que falta y que haría que ya no fuera necesaria esa traducción –y aquí traducción es una interpretación, quizás forzada– de filósofo a profesor de filosofía? ¿por qué pensar al profesor de filosofía como algo no serio?

Hay en la negativa a asumir que hay en efecto filosofía en Chile, o filosofía chilena, la idea de que la filosofía habría ocurrido ya. En otro momento y en otro lugar. No aquí sino sobre todo en Europa; es la idea de esta tradición como una alteridad para nosotros –que no tendríamos tradición–, cosa rara. Se trata en todo caso de una filosofía que habría acabado ya, que se daría en sus textos, al resguardo de la práctica universitaria mediante el método Grassi de lectura. La filosofía, por lo tanto, siempre enseñada por profesores de filosofía, siempre como ejercicio de lectura, de búsqueda del sentido del texto, aprendida por estudiantes que serán a su vez, solo, profesores de filosofía.

¿Solo profesores? ¿Qué significa ser, por lo tanto, profesor de filosofía? En contra de la idea de que la filosofía habría ocurrido ya, lejos de nosotros, que habría que dedicarse solo a su enseñanza como orientadora o formadora, como mucho como ordenadora del espíritu, me interesa reivindicar la figura del profesor de filosofía como filósofo.

Para ello sostengo la siguiente tesis: la negativa a llamarse a sí mismo filósofos por parte de quienes ejercen el ejercicio docente en filosofía, ya se trate en la enseñanza secundaria o universitaria, tiene que ver con una idea de lo que la filosofía es. Dicha idea dista mucho de ser algo que haya ocurrido desde los orígenes mismos de la palabra filosofía en la antigua Grecia y quizás por amor a la palabra y a lo de emancipatorio que pueda resultar esta tradición de distintos discursos y saberes prácticos que llamamos

---

4 Patricio Marchant, *Sobre árboles y madres: Poesía chilena.*, 2nd edn, Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2009, p. 108.

filosofía debemos rehabilitar el nombre del filósofo y la filósofa como algo, sobre todo, de humildad intelectual. Desmitificación, por lo tanto, del filósofo. “Salida” de la idea de filosofía que la confina a otro espacio y lugar, que la idealiza o que la sublima en textos filosóficos que serían la voz, el logos filosófico puro, vivo, en contra de la transmisión secundaria, impura, de la pedagogía.

3. **Brevísimo alcance histórico.** Primera desmitificación de la figura del filósofo. Comienzo por un pequeño alcance histórico un tanto obvio. La filosofía no se ha enseñado siempre en las aulas como una disciplina independiente de otras, es más, es dudoso que la supuesta dignidad especial que pareciera conferírsele a la filosofía hoy por parte de quienes se dicen solo profesores de filosofía haya existido desde un comienzo. Cabe recordar al respecto a Sócrates que se llamaba solo filósofo, es decir, amante o amante de la sabiduría, pues la buscaba, y no sabio o sofista. En la academia de Platón con su elitista inscripción, vemos que la filosofía se daba no como especialidad, pero ya hay aquí un primer acercamiento elitista, un paso de esta suerte de humildad irónica de Sócrates, a una diferenciación. De ella recibimos noticia a través de Diógenes Laercio en *IV, 10*: “Jenócrates quería estudiar con él sin saber ni música ni geometría ni astronomía, y Platón le dijo: ‘Vete, pues no tienes los asideros de la filosofía’”.

De todas formas, ese elitismo era referido a la orientación misma de la enseñanza que allí se daba. Para entrar en la academia había que pasar cierta prueba de aptitud o de selección, el de tener ya conocimiento de las ciencias matemáticas, que para Platón eran modelos de exactitud. El rigor matemático ligado a la excelencia. Y la excelencia en la política. Los que estudiaban en la academia se preparaban para el servicio del Estado, no para ser filósofos propiamente tal, que haya habido filósofos que salieran de la academia es ya otra cuestión.

En la modernidad tampoco existirá algo así como una especialización universitaria de la filosofía, y el título de filósofo todavía está ampliamente utilizado por personas que conocemos como físicos: Galileo, Kepler o Newton se llaman filósofos a sí mismos. Descartes y Leibniz, por su parte, que para nosotros serían momentos cúlmines de la modernidad filosófica, no por ello dejan de ser menos científicos.

No es sino hasta el siglo XIX que la filosofía aparece como disciplina especializada en la Universidad burocrática y que conllevaría una serie determinada de asignaturas, instauración de planes de enseñanza. Pero con ello ocurre también que la filosofía comience a tener que dar cuenta de sí misma respecto de cuál es su rol y cuál es su lugar respecto de las otras disciplinas, en particular las ciencias empíricas que tienen una aplicabilidad práctica inmediata. La filosofía va perdiendo de este modo, espacio dentro del espacio público para replegarse en la institucionalidad universitaria, comenzar algo así como su

especialización cada vez más fina. El libro de Sánchez es aquí un verdadero desmontaje de cómo ha operado, en relación con la institucionalidad universitaria y educativa, la filosofía en Chile.

4. Quizás se trate de un hecho de nuestra situación nacional, quizás como mucho de la situación latinoamericana, es decir, de nuestra arraigambre en el pensamiento a ratos todavía colonial, el hecho de que muchas veces no nos llamemos filósofos y sí profesores de filosofía. No quiero con esto llegar a decir que entre el filósofo y el profesor de filosofía se encuentren en una relación jerárquica, más bien quisiera ir en contra de esta supuesta jerarquía que muchas veces se cuele en la praxis, tanto discursiva como institucional, o en todo caso en el uso discursivo que se da al interior de distintas institucionalidades, de la docencia de la filosofía.

Esta negación a asumirse como filósofo la interpreto ante todo como una negativa a asumir lo propiamente filosófico que puede tener la situación en la que se ve cada uno y a hacer de dicha situación un motivo de reflexión y producción filosófica. En este sentido, la producción filosófica ha de ser eminentemente una escritura. La escritura es fundamental en este caso pues supone un mecanismo de producción y comunicación del saber que va más allá de la palabra hablada y del diálogo. En la escritura existe la posibilidad de que ocurra el diálogo intergeneracional. Pero con escritura no me refiero necesariamente a inscripciones gráficas como los libros. También las instituciones en las que son posibles las prácticas filosóficas tales como la enseñanza o la edición de libros de filosofía son una forma de inscribir, en todo caso, escribir, a partir de sus estatutos o reglamentos, la filosofía.

La forma en la cual se enseña la filosofía es también una forma de escribir la filosofía. La pedagogía, si se atiende a la diversidad contextual, a la multiplicidad de opciones que existen a la hora de hacer una clase, de escribir una clase, de programarla, es pensable ya no como reproducción de textos, es decir, de lectura de textos, sino como una escritura. Con esto quiero decir que la filosofía no es algo que ha ocurrido ya y ante cuyo acontecimiento solo podríamos volver una y otra vez a colocar flores. Al contrario, me gustaría asignarle así, al profesor de filosofía el rol de filósofo. Y ya estamos en camino a la filosofía en contacto con una alteridad no filosófica, no resguardada en los muros universitarios, estamos por lo tanto, en camino a retomar las múltiples formas que la filosofía, en el conjunto del saber y el hacer, ha adoptado a lo largo de su historia, una historia que sería necesario rehacer también pues privilegia siempre ciertos momentos y autores como paradigmáticos. A este respecto, hasta ahora, la enseñanza de solo una tradición dentro de las muchas que hay en la tradición occidental, es la enseñanza de una forma determinada de hacer filosofía, cuya historia habría comenzado hace no mucho y cuyo fin es anunciado desde el momento mismo en que se explicita su *modus operandi*.

La pedagogía como escritura filosófica comienza, pues, por difuminar los límites antes establecidos entre un interior y un exterior de la filosofía; acortamiento de la distancia entre un lugar, el de la enseñanza, y el del aprendizaje. Si la enseñanza de la filosofía no es el exterior de la filosofía académica, si los profesores asumen que pueden escribir ellos mismos otra historia de la filosofía, que pueden hacer filosofía, no solo reproducir, estarán ya siendo filósofos. *En el contagio con lo “no filosófico” es más factible que ocurra la filosofía como tarea de pensar.* Fin del paternalismo conservador que evita la diseminación de preguntas que la filosofía da lugar, despacha la filosofía como disciplina inmaculada capaz de solucionar problemas irresolubles en la cotidianidad por los medios de conocimiento más potentes y agudos, lo que “suele desembocar en la afirmación de un saber supuestamente supra-racional, en realidad irracional y prácticamente reservado a unos pocos, en una versión siempre cambiante del principio de autoridad”.<sup>5</sup>

El resto será cuestión de estilo, de ver cómo se da en cada contexto esa inscripción, de buscar formas, filiaciones; también de inventar tradiciones, de inventarse como herederos de otros, tal como Borges decía respecto de sus predecesores, él los había colocado ahí. Le quedaría entonces a estas pedagogías, a estas prácticas pedagógicas de la filosofía, inventar su tradición, escribir su estilo, dejando como solo una manera más de escribirse, el estilo de enseñanza adoptado hasta ahora en la institucionalización de la filosofía.

### Referencias bibliográficas

MARCHANT, Patricio. *Sobre árboles y madres: Poesía chilena*. 2nd edn. Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2009.

SACRISTÁN, Manuel. “Un apunte acerca de la filosofía como especialidad”. Accedido 29 de octubre de 2016. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=115654>.

SÁNCHEZ, Cecilia. *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*. Santiago de Chile: CERC-CESOC, 1992.

---

5 Manuel Sacristán, “Un apunte acerca de la filosofía como especialidad”, accedido 29 de octubre de 2016, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=115654>.